

La vida religiosa Hna. Dolores Aleixandre

Dos personajes evangélicos - la Samaritana y el Samaritano – son los encargados de llevarnos de la mano por esta reflexión. Dejemos que esos dos personajes evangélicos, sin nombre en los textos (quizá para que quienes los miramos podamos leer el nuestro), nos tomen de la mano y sean los que guíen nuestro seguimiento del Señor Resucitado como consagrados.

En el principio era la carencia

Las dos escenas evangélicas parten de una situación de “caos”, carencia y vacío, y sus personajes aparecen marcados por el no saber y el no-poder: la mujer que se encuentra con Jesús junto al pozo y el hombre que socorrió al herido son samaritanos: gente marcada por la disidencia, de dudosa fama y objetos de sospecha. En cuanto al Escriba, no sabe cómo acceder a la vida eterna y le falta algo que va buscando: sentirse justificado. Y aunque entre él y ella parece existir un abismo, los une una misma situación de precariedad y de búsqueda de vida: la mujer desea el agua viva de la que habla Jesús y él desea poseer vida eterna. Y esa carencia de vida les hace participar, de alguna manera, en la situación del hombre herido de la parábola que estaba medio muerto. También Jesús está en situación de desamparo y vulnerabilidad: es forastero, tiene sed, no tiene cántaro y el agua del pozo le es inaccesible.

Los espacios profanos y de intemperie en que acontecen las dos escenas (un pozo en el campo, un camino lleno de peligros...), fuera del abrigo de los centros de seguridad como la ciudad o el templo, aparecen como lugares de encuentro con Dios.

Unos personajes transfigurados

La Samaritana entra en escena como una mujer de Samaria y sale como concedora del manantial de agua viva y consciente de ser buscada por el Padre para hacer de ella una adoradora. Su identidad transformada la convierte en una evangelizadora que logra, con su testimonio, que muchos se acerquen a Jesús y crean en él. La que hablaba de sacar agua como una tarea de esfuerzo y trabajo, abandona ahora su cántaro: Jesús le ha descubierto un don que no requiere ningún intercambio y que le es entregado gratuitamente.

El Samaritano, que también había entrado en escena de manera anónima y sólo identificado por su pertenencia étnica, desvela al final su verdadera identidad: la misericordia que lo habitaba le ha hecho comportarse como prójimo de quien le necesitaba para continuar viviendo. Recibe de Jesús un nombre nuevo: *El que tuvo compasión*. En cuanto al Escriba, que expresaba su deseo de vida eterna en términos de posesión (heredar...), es desafiado a cambiarlo por un gesto de desapropiación semejante al del Samaritano.

Como *un agua que salta hasta la vida eterna*, una corriente de gratuidad recorre ambos textos y transfigura a sus personajes.

El "prójimo", que en labios del Escriba era una referencia ambigua, sin rostro ni concreción y de difícil identificación, emigra de la casuística legal y se muestra como alguien concreto, de carne y hueso.

De la mano de la samaritana

Si la Samaritana agarrara nuestra mano, ¿qué nos diría y hacia dónde nos llevaría? seguramente nos propondría que la acompañáramos hasta el pozo de Jacob y nos contaría cómo llegó allí con el cántaro vacío de sus carencias y dispersiones, pero que ello no supuso ningún obstáculo para que el hombre que la esperaba realizara en ella su obra. Y que, si algo aprendió allí de Jesús, es que él no se detiene ante nuestras resistencias y necesidades, sino que busca en nosotros ese "punto de fractura" en el que emerge nuestra sed más honda, como si estuviera convencido de que sólo un deseo mayor puede relativizar los pequeños deseos.

Si le preguntamos por la transformación de su deseo, nos invitaría a no dejar nunca que nada ni nadie sofoque o entretenga los que estuvieron en el origen de nuestra opción de seguimiento de Jesús en la Vida Religiosa, sino a mantenerlos siempre despiertos e insatisfechos, porque en ellos se esconde nuestra mejor "reserva de humanidad" y lo que nos permite seguir abiertos y expectantes ante ese Don que nunca acabamos de conocer del todo.

Trataría de convencernos de la importancia de acompañarnos y sostenernos en la fe unos a otros, aprendiendo a releer la vida juntos y a posibilitar que cada uno pueda compartir el agua de su experiencia; quizá sentiría curiosidad por saber por dónde encauzamos el agua de nuestro torrente afectivo y si los votos van dando a nuestras energías profundas la orientación apostólica que tuvieron en la existencia de Jesús.

De la mano del samaritano

Si el Samaritano agarrara nuestra mano, ¿qué nos diría y hacia dónde nos llevaría? Más que escucharle (parece hombre de pocas palabras), nos damos tiempo para contemplar la escena descrita por Jesús, recordando que un icono no es el reflejo de lo que ya vivimos y somos, sino que nos manifiesta lo Otro, lo que aún no somos, la distancia de conversión que tenemos que recorrer y nos pone frente a la mirada que nos adentra en nosotros y nos permite acceder al verdadero rostro del prójimo.

Nos descubrirá lo que habitaba la interioridad de Jesús, el que inventó su historia y que, sin pretenderlo, "pintó" en él algo de sus propios rasgos. ¿Acaso no es su pieza maestra, el cuadro por el que podía haber pasado a la historia y ser recordado, si no fuera porque ya tiene otros motivos para serlo?

Comenzamos mirando la escena, como si estuviésemos presentes en ella. Ante todo, nos sorprende el realismo lúcido del autor, que no ahorra los tonos sombríos: un asalto de bandidos, un hombre despojado, derribado y medio muerto y dos transeúntes "cualificados" que pasan de largo (y nos resulta inevitable recordar el bandidaje de nuestro mundo, sus víctimas olvidadas en los márgenes de la exclusión, la indiferencia de los que pasan o pasamos, atareados con nuestros asuntos...).

Y cuando la historia se obstinaba en hacernos creer que el mal constituye la última palabra de las cosas y la situación es fatalmente irremediable, el narrador hace surgir otra figura en el horizonte, precedida de una pequeña marca gramatical que nos pone en vilo: "*pero*"... un samaritano. ¿De dónde procede y qué pretende la "disidencia" introducida por ese "*pero*"? ¿Qué fuerza de oposición puede representar en medio de un mundo que no parece emitir más señales que las del frenesí posesivo, la obsesión por el propio cuidado y una inconsciencia satisfecha, mientras que pueblos enteros se desploman en silencio? Ese pequeño "*pero*" ¿no nos está comunicando el sentido con el

que mira Jesús la historia y de su terca esperanza que ve emerger en ella una poderosa aunque en apariencia débil fuerza de resistencia?

Porque, en medio de tantos signos de muerte, el Samaritano que entra en escena no parece poseer muchos recursos, no pertenece a ningún centro de poder que lo respalde y le garantice prestigio o influencia; es extranjero, viaja solo y sólo cuenta con su alforja y su montura, pero tiene la mirada al acecho y, allá adentro, su corazón ha vibrado al ritmo de Otro.

Y entonces hace el gesto mínimo e inmenso de aproximarse al hombre caído. Cuando otros lo han esquivado, sin dejar que les hiciera mella dejarlo atrás, él se siente afectado por el herido y responsable de su desamparo. La urgencia de tender la mano al que lo necesita pospone sus proyectos e interrumpe su itinerario. La inquietud por la vida amenazada del otro predomina sobre sus propios planes y hace emerger lo mejor de su humanidad: un yo desembarazado de sí mismo.

En ese gesto de pura alteridad se encierra el secreto de nuestra identidad más honda y nos está mostrando dónde desemboca la adoración a la que nos convocaba la Samaritana. Ser en medio del mundo un signo que contesta el acrecentamiento del tener, un signo tan pobre como el del pesebre o la tumba vacía, una presencia que afirma el valor y la dignidad de los más pequeños.

También en torno al Samaritano existía, como ahora, una lógica dominante: "Si te detienes a cuidar de un desconocido medio muerto, te expones a perder tus planes, tu tranquilidad, tu tiempo, tu aceite, tu vino y tus denarios". Pero en su reacción se revela la obstinada lógica de Jesús: "No midas, no calcules, deja que el amor te desapropie: serán los otros quienes te devolverán tu identidad, justo cuando tenías la impresión de que estabas perdiendo tu vida".

Cuidó de él

Cuidar es un verbo "femenino", lento, acariciador, que confronta nuestras prisas e impaciencia por los resultados inmediatos. Esta dimensión humana del "cuidar" puede bañar con su calidez las relaciones comunitarias, romper nuestras defensas, lograr que se resquebraje esa dureza que puede hacer sombrío nuestro celibato y permitirnos derramar cordialidad e inventar gestos de ternura.

En manos del Primer Alfarero

Alguien agarra hoy nuestra mano para adentrarnos en su seguimiento y hacer de nosotros discípulas y discípulos suyos, apasionados por Él y por su mundo, como consagrados y consagradas.

Viene a nosotros con el empuje irresistible del manantial que salta hasta la Vida eterna y pretende arrastrarnos hacia esa adoración que busca en nosotros el Padre, hasta que la totalidad de nuestra vida quede expuesta a su amor y la prioridad de su Reino relativice todo lo demás.

Se acerca a cada uno de nosotros para sanar nuestras heridas y cargar con nuestras limitaciones, nos invita a recorrer con Él los lugares donde la vida está más amenazada y a confiar en la fuerza secreta de la compasión y de la obstinada esperanza. Porque Él, que contempla ya la espiga en el grano de trigo hundido en tierra y escucha el llanto del niño que nace cuando la mujer grita todavía por el dolor del parto, nos descubre las posibilidades de vida que se esconden allí donde parece que la muerte ha puesto la última firma.

Él es el Dador del agua viva, el Samaritano que sana todas nuestras heridas, el Vencedor de la muerte, el Alfarero de la nueva creación.